

El folklore: un art creat per a preservar el patrimoni ancestral d'un poble

Eva JULIÁN i ADÁN



Con la llegada del año 1988 viví una temporada en una pequeña casa en el pueblo de Sispony. Junto a mi casa vivían dos hermanas muy ancianas, parcas en palabras, lentas de movimientos pero ágiles y con unos chispeantes ojos de águila que parecían escudriñar todo lo que pasaba delante de ellas y en la lejanía.

Nunca pude hablar mucho tiempo con ellas dado que siempre estaban atareadas; sabía que una de ellas se había casado y tras la boda había realizado el viaje más largo de su vida, había ido de viaje de bodas a Canillo. Su narración parecía la de una exploradora por el mundo y su sencillez me fascinaba.

Cada tarde cuando el sol declinaba por el oeste las dos ancianas subían a una gran roca plana situada un poco más arriba de su casa, en el camino, y allí juntas fijaban sus ojos al sol, presenciando como poco a poco se escondía por el horizonte. Parecían estar realizando diariamente una ceremonia sagrada.

Un día me acerqué para acompañarlas en su silenciosa costumbre. A medida que el sol descendía parecía que el tiempo se paraba y que el valle se sumía en un apelmazado silencio coronado por los reflejos rosas y púrpuras del cielo. En medio de aquel silencio aparecía susurrante el tímido canto del primer grillo decorando el inicio de la noche. Y en ese sagrado momento las dos ancianas empezaron a entonar muy suavemente y al unísono una suave melodía, una preciosa melodía ¡medieval! Yo en esos momentos no podía dar crédito a lo que estaba viviendo, era tan hermoso y conmovedor...

Las tres regresamos a casa en silencio, lentamente, pero aquella noche una emoción nueva atrapó mi corazón. ¿Qué estaban cantando, qué estaban haciendo?

Este fue el inicio de una hermosa aventura de mi vida que duró prácticamente doce años. El principio no fue nada fácil, sentía el corazón en llamas al darme cuenta de que un riquísimo

saber ancestral se marchitaba con la muerte de cada anciano. Intenté movilizar ayudas, pero al principio todo fue en vano: las personas con las que hablaba pensaban que el patrimonio andorrano había muerto, que sólo quedaba lo que quedaba, lo que se conocía, unas pocas canciones, algunos recuerdos, el folklore oficialmente recuperado y ya está.

No, no –gritaba mi corazón–. Eso no puede ser cierto, todavía está vivo, está vivo en la mente y el corazón de los ancianos, sólo hace falta ayudarles a recordar, sólo necesitan que estemos más tiempo con ellos.

Y fue así como nació en mi una profunda historia de amor con los pobladores de estas montañas, a los y a las que llevo siempre en mi corazón (y en mi mano, porque todavía hoy, cuando salgo a montaña, me acompaña la vara que me regalo Simó Duró durante una transhumancia en el Serrat).

Dediqué un año a redactar un proyecto integral para la recuperación del patrimonio oral, y después dos años llamando a todas las puertas solicitando ayuda para iniciar la investigación. Puertas que se cerraban una tras otra, algunas incluso emanaban mofa; sostuve dos años escuchando la misma frase: ¿Y a quién le interesan cuatro canciones de viejos?

Aun así, el corazón me decía y repetía: –Continua, es importante, es importante continua.

Tras dos años de fracaso tras fracaso, tras haber llamado a prácticamente todas las puertas imaginables e inimaginables del país, decidí tirar la toalla. Y ese día, para sellar mi renuncia, me hice en bicicleta la ruta que saliendo del port de Rat baja a Farrera dels Llops y regresa por Sant Julià de Lòria. Necesitaba sacar toda la tensión de tanto trabajo y la decepción de tanto fracaso.

Pero cuando estaba llegando a la última cima me sonó el teléfono; casi sin aliento bajé de la bici, y respondí. En el otro lado del teléfono una voz de hombre me decía: “Ets l’Eva Julián? Demà a les 9 h t’esperem a Banca Mora; volem recolzar el teu projecte.”

Apenas respondí, me senté en el suelo mientras las lágrimas me saltaban de los ojos; no podía creerme lo que estaba pasando.

Muerta de cansancio regresé a casa, y casi sin poder dormir, no sólo por la expectación, sino también por el dolor en los músculos, me presenté a las 9 de la mañana en Banca Mora y sellamos un pacto de ayuda durante un año, que posteriormente se amplió dada la importancia del material que se obtenía.

Y ya puesta en acción, resultó que mis soñados primeros pasos no fueron tan fáciles y maravillosos como esperaba, porque eso de llamar a una puerta y presentarme no era algo que mi timidez me permitía hacer con fluidez; para colmo me sucedía que cuando llegaba a los pueblos no encontraba a nadie, ni en las casas ni en las calles. Eso me contrariaba, algo estaba haciendo mal. Con el tiempo, cuando los ancianos del valle y yo nos convertimos en una gran familia me confesaron que creyéndome una predicadora del Testimonio de Jehová se avisaban unos a otros cuando veían subir mi coche por la carretera; de esa manera todo el mundo marchaba y yo me encontraba sola en los pueblos. Hicieron falta casi seis meses de constancia para que me abrieran no solo las puertas de las casas sino las puertas de sus corazones. Y este gran cambio se produjo cuando llegaron las grandes nevadas.

Los pueblos se quedaban aislados, solitarios, ventosos, silenciosos, y esos días yo continuaba

subiendo; cuando el coche no podía seguir, yo continuaba a pie, y fue entonces cuando nos pudimos conocer de verdad. Junto al fuego que me secaba la ropa fluían los recuerdos como si emergieran de entre las llamas, favoreciendo fascinantes relatos de vidas increíbles.

Equipada de una grabadora esperaba oír todas sus canciones, pero no me querían cantar y eso me inquietaba, pero al poco tiempo me di cuenta que antes de que alguien me cantase una canción necesitaba abrirme su corazón, mostrarme su universo personal, su manera de entender el mundo, sus vivencias, sus creencias, los sucesos más hermosos de su vida, sus tristezas, sus amarguras, sus deseos y sobretodo haber compartido conmigo las profundas reflexiones vitales que solo el paso de los años otorga, y aprendí a apreciar y a darme cuenta de que mi trabajo consistía simplemente en ayudarles a recordar.

Inventé un sistema de trueque entre valles que fue muy bien acogido entre los más ancianos; memorizaba y aprendía fragmentos de las historias, canciones, leyendas y remedios para curar que me explicaban, y luego compartía y trocaba entre ellos los fragmentos que a ellos les gustaba volver a unir y volver a dar vida.

Si alguien no podía recordar el fragmento de una canción le pedía que me la cantase hasta donde sabía, yo la aprendía y recorría el valle cantándola en las casas hasta que se producía en sus mentes el recuerdo espontaneo, ¡y eso era fantástico! Cuando alguien volvía a recordar una sencilla canción aparecían ante sus ojos una historia vivida junto a un concepto humano que siempre, siempre incluía a la tierra, los sentimientos humanos, el respeto, el honor y la admiración por la vida.

Otra faceta de este sistema de trueque consistía en intercambiar información como si de un banco de tiempo se tratase. En ocasiones alguien no quería compartir una oración para curar porque la había recibido en pacto de secreto de su abuelo y pertenecía al legado de la casa. En estas ocasiones se respetaba la decisión, pero se le ofrecía a la persona la posibilidad de realizar un trueque con otra oración para curar que él consideraba importante, y de la cual era depositaria otra persona del valle, perteneciendo a otra casa, a otra familia.

Si la negociación se realizaba correctamente las dos casas solían aceptar, y nos reuníamos todos una tarde, y alrededor de un cálido fuego cada uno se explicaba su oración para curar, y compartían sucesos, milagros y recuerdos. Yo en estos casos sólo anotaba en silencio todo lo que sucedía, y me sentía el eslabón que permitía poner en movimiento el tránsito de un legado patrimonial oral tan antiguo como el de los primeros pueblos europeos.

Un tarde de finales de enero de 1992 visité a la Sra. María de Canillo; por aquellos días transitaba por sus 91 años, su suave pelo blanco, elegantemente recogido perfilaba una mente lúcida, y unos pequeños y simpáticos ojos. La ventana de su salón daba a un parking del Comú de Canillo en el que se estaban acabando los preparativos para la *Crema del gener*. La conversación con María transcurría tranquila, me explicaba los ritos de fertilidad que cuando era joven se celebraban en el Roc de Meritxell, donde ella, acompañada de su madre, de igual manera que su abuela acompañó a sus hijas, acudían para energetizar sus úteros y sintonizarlos hacia un embarazo regido por los ciclos naturales en resonancia con las energías terrestres.

Durante su relato me hice consciente de que estaba presenciando lo que hacía años había deseado encontrar: un superviviente que mantuviera vivos los conceptos primordiales del

patrimonio ancestral. Escucharla era como beber de la fuente del conocimiento de nuestros ancestros, la de los primeros pobladores de estas tierras. Seres profundamente unidos a la naturaleza y al cosmos, con una sabiduría basada en la profunda observación y conocimiento del entorno, una cultura animista que dotaba de vida propia a todos los seres de la tierra y que respetaba el mundo animal y vegetal como a iguales.

Grandes conocedores de cosmogonía, botánica, artes médicas y chamánicas, médiums, humanos y terriblemente solos frente a una legión de beatos e ignorantes que sin piedad ultrajó y persiguió su cultura y su riqueza cultural en nombre de una nueva religión supuestamente basada en el amor.

Indefensos y perseguidos por una furiosa ley que promulgaba la hoguera o la devoción a imágenes estáticas, ¿qué podían hacer?

Allí estaba escuchando a esta hermosa mujer cuando de golpe un ruido precedente del parking captó su atención y la distrajo. En ese mismo instante se instaló un profundo silencio en la sala, y su discurso cambió repentinamente de rumbo, y con voz preocupada me empezó a susurrar:

“No sé qué va a pasar, no estamos haciendo las cosas bien, no estamos respetando los ciclos, no estamos respetando a la naturaleza, no estamos respetando los pactos. Este año no se puede quemar el *gener*; ha sido un invierno templado, no podemos sacrificar un hijo del bosque. El bosque puede sentirse herido y podría decidir abandonarnos.” Sus palabras me provocaron un sobresalto en el corazón, ¿qué estaba diciendo?, ¿de qué me estaba hablando?

Casi sosteniendo la respiración para no interrumpir sus recuerdos, la dejé respirar en largos silencios en los que parecía estar recordando y en un tono entre enfadado y preocupado empezó a explicar:

“Nos hemos vuelto ignorantes y ciegos. Nuestras antiguas costumbres se están convirtiendo en un circo, un despilfarro, una manifestación meramente festiva sin contenido espiritual; lo pagaremos. Afortunadamente yo no lo veré pero me preocupan mis nietos y sus hijos...” De nuevo se instaló un largo silencio en la sala, y María continuó diciendo:

“Vivíamos todo el invierno solos, la nieve cubría prácticamente nuestras casas y apenas podíamos salir. Seis meses, en ocasiones nueve meses, en el interior de las casas, con los animales que nos protegían del frío, hacíamos pasadizos entre las calles y a través de ellos nos comunicábamos. Vivíamos casi como animales; los hombres se dejaban crecer sus barbas y la piel de nuestra cara se oscurecía y se encartonaba por el humo. Estábamos aquí en el valle a merced del bosque; él era el que cuidaba de nosotros.

La llegada del mes de febrero era muy importante para nosotros. La luz de febrero trae la energía de un nuevo año. Había años que lo pasábamos muy mal, teníamos tanto frío y tanto deseo del calor del sol que temíamos de que el bosque se hubiera olvidado de nosotros y no nos trajera de nuevo la luz y la vida.

Había años terriblemente duros. Cuando se acercaba febrero y el clima no daba signos de mejorar, los hombres salían a hablarle al bosque acompañados de un animal de carga. Le explicaban sus necesidades, le exponían sus miedos y sus deseos, y pidiéndole permiso le pedían vitalidad y fuerza. Un pino joven era la manifestación viva de la energía vital que los

habitantes del poblado estaban necesitando en esos momentos. La comida a finales de enero escaseaba, y los más débiles empezaban a enfermar.

El pequeño pino era conducido con sumo respeto al centro del poblado y recibido con honores por las mujeres, los ancianos y los niños, que para él habían estado confeccionando lazos y tiras de colores rasgando la tela de los trajes y vestidos viejos. Él era la chispa de vida que necesitábamos, su presencia les hacía sentir la energía de la primavera. Sabíamos que sintiendo la energía de la primavera podríamos atraerla. Es así como un hombre unido a la tierra crea nuevas realidades, creándolas desde su creencia, desde su sentir.

La llegada del joven pino marcaba un momento clave en nuestras vidas. A partir de este momento, si el invierno cedía sus inclemencias, el pino era honrado durante todo el año. Este término era sagrado, y sólo se procedía a quemarlo si el invierno se endurecía y ponía en peligro la vida de los habitantes del valle. En estas ocasiones, en los malos inviernos, cada casa hacía entrega de paja, y con ella se cubría el tronco del joven pino. La paja era recogida por cuatro hombres cubiertos de cascabeles que con su sonar pretendían renovar la energía de los estrechos caminos tallados entre la nieve, y al llegar la noche, los hombres, cantando una misma canción, siempre la misma, encendían la paja que cubriría en llamas al joven pino. No como castigo, sino como un emisario hacia al gran espíritu, en un acto de respetuosa súplica de luz y calor.”

En este momento del relato una estridente canción se introducía por la ventana de la sala de María, procedía de las pruebas de sonido que se estaban realizando desde los grandes altavoces instalados en el parking del Comú. María alzó su mirada a mis ojos, y sólo emitió una dulce sonrisa mientrasladeaba su cabeza con signo de desaprobación. Mi garganta se llenó de lágrimas y permanecí en silencio mientras la hija de María entraba en la sala con un poquito de leche y galletas.

Merendamos alegremente y entre risas María volvió a explicar cómo los pastores de Ransol eran capaces de sentir la presencia de un forastero en el valle de Soldeu. Sí, sí; sabían quién venía, si era joven o viejo, si era uno o varios, si venía o iba; lo sabían todo, lo escuchaban todo, ¡sí! “Pregunta-li al Bruixot dels Plans”, me dijo entre risas.

¡Y por supuesto que fuí a conocerlo! Y era cierto. El conocerlo me abrió la mente a descubrir que hay algo más allá de las apariencias. Hay una sabiduría que es innata a los hombres y mujeres que viven y vivieron en contacto profundo con la tierra y la naturaleza. Una sabiduría que no puede ser enseñada en las escuelas, porque la gran maestra es la tierra y los elementos asistidos por el legado cultural de los ancestros.

¿Acaso un pastor de Ransol es poseedor de un oído espectral digno de una película de superhéroes? No, la respuesta definitiva reside en comprender su capacidad de comunicación con el bosque como ser vivo, con el viento como ser vivo, con el agua y sobretodo en reconocerse como hijo legítimo de la tierra.

Nuestras tradiciones, aunque adulteradas por el tiempo, las nuevas influencias, las modas y las manipulaciones, conservan una pequeña y brillante alma, que se esconde tras sencillas melodías y sencillas palabras.

Los tímidos y comedidos pasos de nuestras danzas rituales también conservan en su

estructura un mensaje encapsulado, a la espera de la llegada de los nuevos pueblos, aquellos que serán capaces de entender que habitan en una Tierra viva, colaboradora y amorosa. Para reconocerlo sólo necesitarán observar lo que sucede en el interior de tu corazón. Gracias a todos y a todas, a todas las personas que durante nueve años me enseñásteis a amar al viento y a respetar lo sencillo.

Eva Julián i Adán,
recuperadora del folklore andorrà i investigadora. Toronto maig del 2015